

Más papistas que el Papa

La noticia apareció a fines de Junio. Primero la oímos :

—¿Sabéis que los obispos franceses han tenido que escribir un documento atizándole fuerte a un sector de católicos anti-progresistas?

Lo de anti-progresistas quería significar eso, anti-concilio (sin que “concilio” tenga que identificarse con lo que cada uno entiende por “progresismo”), anti-etcétera, es decir esa postura que se define no por lo que es sino por lo que rechaza, por lo que no acepta, por lo que destruye, en este caso el espíritu renovador de la Iglesia. Y la noticia era noticia porque la condena era de un signo desacostumbrado. Algo así como una condena de las derechas.

Más tarde leímos la noticia en “Ya”, en una crónica de Josefina Carabias. Por último logramos encontrar el documento mismo del Consejo Permanente del Episcopado Francés en el número de Eclesia del 9 de Julio.

No sabemos más de lo que se nos dice en el propio documento. No hemos leídos ninguno de los artículos aludidos en él, de las revistas “Itinéraires”, “Defense du foyer”, etc. Pero nos basta y sobra. El “Comunicado” es por sí mismo elocuente.

Nos limitamos, pues, a su publicación. Y sin más comentarios. “Intelligenti pauca”, que significa que a quien sabe leer le sobran renglones. Aunque los papistas a que se refiere el Comunicado del Consejo Permanente del Episcopado francés, caen más allá de los Pirineos, no creo que estén ausentes de nuestra geografía. Y en este sentido también a nosotros nos puede resultar beneficiosa su lectura. No se debe nunca ser más papista que el Papa.

Comunicado del Consejo Permanente del Episcopado Francés

El Concilio que acaba de clausurarse ha hecho más estrecha que nunca la unión entre el Papa y los obispos y ha legado a la Iglesia, para facilitar su renovación, un conjunto de enseñanzas autorizadas y de decisiones a favor de las cuales los padres conciliares se pronunciaron con notable unanimidad.

El deber de los católicos es bien claro. Deben recibir filialmente y poner en práctica estas enseñanzas y estas decisiones. La mayor parte de los fieles se han plegado a las mismas con gozosa obediencia y grandes alientos de esperanza. Pero una minoría, con una audacia que se endurece cada vez más, discute, en nombre de la fidelidad al pasado, los principios de la renovación emprendida.

Basándose, como pretexto, en exageraciones o afirmaciones erróneas, que los obispos son los primeros en condenar, esos cristianos generalizan injustamente algunos casos excepcionales y levantan al episcopado y a los sacerdotes de Francia un proceso de desviacionismo en el que —como lo testifican recientes publicaciones— no temen implicar incluso al Santo Padre. Afirman que la enseñanza religiosa está en crisis; las escuelas cristianas, en peligro; la autoridad personal de cada obispo, amenazada por los organismos colectivos del episcopado; el primado del Santo Padre, comprometido por la colegialidad; la doctrina social de la Iglesia, falseada por el progresismo; la fe de numerosos clérigos, corrompida por graves errores doctrinales y morales. Discuten la aplicación que se ha hecho de la Constitución Litúrgica. Critican los movimientos apostólicos y sus métodos. Convocan a sacerdotes y fieles a unirse para salvar a la Iglesia de la decadencia a la que la conducirían irremediamente los pastores.

Ahora bien, los católicos de Francia, antes y después del Concilio, unidos a sus obispos, creen en la divina presencia de Jesucristo en la Eucaristía, en el papel eminente que corresponde a María en la economía de la salvación y en la autoridad suprema del Papa. En todas las diócesis, la Iglesia se aplica diligentemente a promover la enseñanza religiosa y está decidida a mantener las escuelas católicas. Está ansiosa por santificar al pueblo de Dios mediante una moral verdaderamente evangélica y mediante una auténtica renovación litúrgica. Manifiesta, en suma, una abertura misionera constante y cuenta, ahora más que nunca, con el laicado para establecer un diálogo apostólico con el mundo de hoy.

Por respeto a la moral, y por amor a las almas, los Cardenales de Francia y el Consejo Permanente del Episcopado francés exhortan a los cristianos a que no se dejen engañar por esta campaña que rebasa con mucho el margen autorizado para la libre divergencia de opiniones en las cuestiones abiertas a libre discusión.

Comprendiendo y compartiendo la inquietud de los espíritus de buena fe y de buena voluntad, consideran como obligación propia alertar a los fieles contra los artículos publicados, concretamente, en publicaciones como "Le Monde et la Vie" y revistas como "Itinéraires" y "Défense du foyer" y boletines como "Lumière".

Desean vivamente que esta llamada de atención ilumine a los responsables de estos artículos, apacigüe a los numerosos católicos, profundamente adictos a la doctrina de la Iglesia, que hoy están turbados en su buena fe y en su docilidad hacia la jerarquía.

Ya el Concilio Vaticano I conoció semejantes reacciones y, sin embargo, la Iglesia ha continuado. Hoy día también la Iglesia continúa. Los obispos, que llevan sobre sí en la Iglesia la carga primera del Evangelio y la responsabilidad del apostolado, reafirman su solicitud amante hacia todos los cristianos de este país y les dirigen a todos un llamamiento para promover, mediante un diálogo fraterno y una filial docilidad, la renovación querida por el Concilio e instada sin cesar por el Santo Padre.

París, 23 de Junio de 1966.